

Los únicos seres reales son los que nunca han existido, y si el novelista es bastante vil para copiar sus personajes de la vida, por lo menos debiera fingirnos que son creaciones suyas, en vez de jactarse de la copia.

OSCAR WILDE

I



«¡Imposible! Necesito consultarlo con mi socio...».

«Sabes bien con cuánto gusto te descontaría esa letra; pero... hemos convenido con mi socio...».

«Hombre, si no estuviera en sociedad, si yo solo dispusiera de los fondos, te arreglaba este asunto sobre tabla... desgraciadamente el socio...».

¡El socio, el socio, siempre el socio!

Era la octava vez en la mañana que Julián Pardo, en su triste *via crucis* de descuento, oía frases parecidas.

Al escuchar la palabra «socio» inclinaba la cabeza y, con sonrisa de conejo, se limitaba a contestar:

—Sí, sí; me explico tu situación y te agradezco.

Luego, al salir, refunfuñaba mordiéndose los labios:

—¡Canalla! ¡Miserable! Yo que le he ayudado tantas veces... Y ahora me sale con el socio... ¡Como si no supiera que es un mito! ¿Quién iba a ser capaz de asociarse con este badulaque?

Una llovizna helada le azotaba el rostro. Parecía que el sutil polvo de cristal se empeñara en lijarle las facciones, enflaquecidas por el insomnio, acentuando en ellas esa especie de ascetismo que el pulimento da a los tallados en marfil.

El fondo de la calle se veía como a través de un vidrio esmerilado.

Los rascacielos, inmenso hacinamiento de cajones vacíos, se oprimían unos contra otros, tiritando como si el viento los estremeciera.

—El socio... el socio... —seguía mascullando Julián Pardo— una farsa, una disculpa ignominiosa... o algo peor... sí ¡ya lo creo! una verdadera suplantación de persona. ¡Sinvergüenza!

En la esquina, un grupo de gente se arremolinaba en torno de un coche de alquiler. Julián se acercó también y estiró el cuello por sobre los curiosos. ¡Estúpidos! Miraban un caballo muerto.

Ahí estaba el pobre animal con las patas rígidas, los ojos turbios, el cuello como una tabla y los dientes apretados... Parecía sonreírse.

Julián no podía apartar los ojos de ese hocico, contraído en una mueca de supremo sarcasmo. ¡Pobre bruto! Como él, caería un día, agobiado de trabajo, hostigado por el látigo de las preocupaciones... Un acreedor, un auriga, una mujer... ¡cuestión de nombre solamente!

¡Oh! Esa sonrisa del caballo parecía decírselo bien claro:

—Hermano Pardo, no me mires con esos ojos tristes. De los dos, no soy seguramente yo el más desdichado... El coche ya no me pesa. Ahora descanso. Cuando esta noche, mal comido, sin desuncirte de la carga de tu hogar, llames en vano al sueño, yo estaré durmiendo plácidamente como ahora. Mañana, tu mujer y tu chiquillo subirán al coche; un acreedor gordo empuñará la fusta y tú, mudo, con la boca amordazada por el freno de la necesidad, reanudarás el trote interrumpido. No creas que me río de tu suerte. El sufrimiento me ha enseñado a ser benévolo. Esta mueca, esta contracción de mis mandíbulas que te ha parecido una sonrisa es solo un gesto de desprecio hacia el cochero... ¡Qué ridículo me resulta ahora con su látigo y su gesto amenazante! ¡Por primera vez me río del cochero!

»Colega Pardo: ¡confiesa lealmente que me envidias!

¡Qué insolencia!

Julián habría querido contestarle. El tono manso y bondadoso no disminuía el escozor de la verdad. Por el contrario, la hacía más humillante. ¡Qué demonio! Ser tratado de colega por un caballo muerto!; pero, ¿era razonable que un corredor en propiedades se pusiera a discutir en plena calle con los restos de un jamelgo?

Miró a su alrededor. En el compacto círculo de curiosos se destacaba una mujer, casi una niña, envuelta en una suntuosa piel de marta. Su rostro delicado emergía del ancho cuello del abrigo, con ese encanto, producido tal vez por el contraste de invierno y primavera, de las flores unidas a las pieles.

Los ojos, de una fingida ingenuidad —candor de estrella cinematográfica— subrayaban una sonrisa de Gioconda:

—¿Es Ud. el dueño del caballo?

—¿Por qué me lo pregunta, señorita?

—Porque... ¡lo mira Ud. con unos ojos tan tristes!

Por toda respuesta Julián le dirigió una mirada furibunda. ¡Era un colmo! ¿Qué le importaba a esa mujer lo que él hiciera? ¡Dueño del caballo! ¿Le hallaba aspecto de cochero?

Con aire de profunda sorpresa, ella se volvió a su amiga; una morena regordeta que apenas asomaba la nariz entre la boca y el sombrero.

—¡Fíjate, Graciela! Parece que el señor veterinario se ha ofendido.

—¡Tonta! —dijo la otra riendo—. ¿Hasta cuándo vas a seguir haciendo disparates?

Y tomándola de un brazo la arrastró fuera del grupo.

La mirada iracunda de Julián la siguió hasta el automóvil que las esperaba al lado de la acera. Desde la ventanilla los ojos claros se volvieron risueños como diciéndole:

—¡No haga Ud. caso! Es una broma... Sé muy bien quién es Ud... Perdóneme.

Pero él no estaba para burlas. ¡No faltaba más! ¡Que fuera a divertirse a costa de otro! ¡El señor veterinario! Una mal educada simplemente; y, sin duda, presumía de señora. Todo el mundo se creía con derecho a decirle algo. El caballo... la muchacha... y ¡cosa extraña!, ¡le desagradaba más ser llamado veterinario por una mujer, que colega por un caballo muerto!

II



¡Cómo había engordado ese bárbaro de Goldenberg! Al mirarle, con la papada desbordante en el cuello de anchas puntas, los ojillos capotudos y la nariz agazapada como un zorro en el nidal de los mofletes, Julián Pardo no podía menos de hacerse amargas reflexiones sobre el transcurso de los años.

Ese hombre de negocios que honraba con el peso de su personalidad su modesta oficina de corredor en propiedades, había sido su compañero de colegio.

¡Goldenberg, el «sapo» Goldenberg, como entonces le llamaban!

Parecía que hubiera sido solo ayer. Recordaba, cuando un viernes en la tarde —día de asueto por el cumpleaños del rector— el «sapo» Goldenberg le cogió confidencialmente de un brazo.

—Oye, Pardito, ¿tienes plata?

—Sí; un peso... para comprarme unos cuadernos...

—No importa; yo mañana te los traigo; me los consigo con mi hermano que es muy tonto. ¿Vamos a tomar helados?

¡Qué proposición aquella de tomar helados! Julián recordaba que al oírla entonces, experimentó la misma tentación que hoy, veinticinco años después, al escuchar a Goldenberg, envejecido y corpulento hablarle de «un negocio, un negocio un poco raro si se quiere... pero un negocio lucrativo en todo caso».

—Yo no tengo capitales —había dicho ahora Julián con timidez— ¿En qué forma podría serle útil?

No le trataba ya de tú como en los tiempos de colegio.

—¿Capitales?... No se necesitan.

¡Oh! Desde el punto de vista de la audacia, ¡Goldenberg no había cambiado en lo más mínimo! ¡Seguía siendo el mismo de antes! Con igual gesto de seguridad el chiquillo rubio y regordete de la tercera preparatoria, dando vuelta entre los dedos la gorra de marinero, había pulverizado otras observaciones no menos graves de Julián:

—Un peso... No vamos a poder darle propina al mozo... Los helados son a cincuenta la copa... Va a alcanzarnos al justo para dos...

—Para tres querrás decir.

—Pero ¿estás loco?

—Eres un tonto. ¡Mira!

Y buscando en el fondo del bolsillo como si se tratara de un tesoro, el «sapo» Goldenberg le había enseñado en la mano un diminuto bulto negro.

—¿Sabes qué es esto?

—Sí... una mosca... una mosca muerta...

—¡Tonto! Esta es la otra copa.

—No entiendo.

Lo mismo decía ahora Julián. «No entiendo, no entiendo eso de que para un negocio no haya necesidad de capitales». Pero en su niñez era más dócil, porque, dejándose arrastrar por Goldenberg aquel remoto día de asueto, había entrado lleno de dudas y temores en la confitería.

Con qué extraño sobresalto escuchó entonces a su condiscípulo golpear la mesa de mármol y pedir con voz casi tan fuerte como la de su papá:

—¡Mozo!, ¡traiga dos helados de frutilla!

Eran ricos, deliciosos, y daban unas horribles tentaciones de alisarlos con la punta de la lengua. Si no fuera porque había tanta gente... Hasta la cucharilla en forma de palita era un encanto.

¡Ah si toda la cordillera cuando se pone rosada, por la tarde, fuera de helados de frutilla! De repente Samuel le dio un pellizco.

—¡Mira!

Y dejó caer la mosca en los residuos de su copa, mientras gritaba:

—¡Mozo! ¡Mozo! ¡Estos helados están sucios!

El viejo sirviente, atareado y vacilante entre las mesas, se acercó haciendo equilibrios con la gran bandeja llena de tazas y de vasos:

—Disculpe, señor. No importa, le traigo otro.

El «sapo» Goldenberg miró a Julián triunfante.

—¿Ves, Pardo? ¡No hay que ser tonto!

Y, fiel a su teoría, ahí estaba el mismo Samuel haciéndole proposiciones comerciales.

—Se trata, por el momento, de que Ud. denuncie como auríferos unos terrenos que le indicaré oportunamente.

—¿Un negocio aurífero...? —dijo Julián con desconfianza.

Goldenberg se llevó el puro a la boca como para disimular una sonrisa.

—No se alarme. El oro vendrá después. En el fondo todos los negocios son auríferos; siempre el objeto final es sacar oro. Pero yo prefiero —y creo que Ud. también será de mi opinión— extraerlo en forma de moneda. La operación es más sencilla y se evita el trabajo de lavado, de dragaje, etc.

—Es claro —pensaba para sus adentros Julián Pardo—. ¡Un bolsillo es menos profundo que una mina!

Recibía las palabras de Samuel con un enorme escepticismo. Muchas veces en el curso de su vida asendereada al leer en los

periódicos los éxitos de su antiguo condiscípulo, había meditado acerbamente sobre las equivalencias de las moscas y de los helados... ¡Qué gracia! ¡Un hombre así tenía que triunfar!

Él, en cambio, irresoluto y neurasténico, era un perfecto fracasado.

¡Esa oficina estrecha y húmeda con la negra farsa de la caja «de fondos» —¡qué ironía!— y el calendario —¡otra inutilidad!— era para él una prisión!

¿Cómo tener el desparpajo, la insolencia con que Goldenberg le hablaba de un negocio aurífero advirtiéndole que «en este caso, sin embargo, no basaba en el oro su negocio»?

—¿Cómo? —preguntó Julián con extrañeza.

Goldenberg pareció perderse en una inmensa bocanada de humo azul. Al salir de ella sus ojos tenían algo de mefistofélico.

—Mire, Pardo: Ud. va a ganar en esto una buena comisión; fácilmente habría podido encomendar este asunto a cualquier otra persona; pero he pensado en Ud. Su situación... ¿cómo diré?

—Difícil —anotó Pardo con franqueza.

—En fin... los viejos recuerdos del colegio, y, sobre todo, el saber que trato con un caballero. Le he dado a Ud. una prueba de confianza al encargarle que haga el pedimento. Creo que podemos hablar con franqueza... ¿verdad?

Julián hizo un signo afirmativo.

—Bien —dijo Goldenberg—, el asunto es más sencillo de lo que parece. Lo único que requiere es discreción.

—Pero, ¿hay oro realmente?

—¡Hombre! Hay informes que es lo más que puede pedírsele a una mina... y para Ud. habrá plata en todo caso. En cuanto a mí, soy todavía más modesto: me contento con que haya arena simplemente.